

Los días de Jesús

NO LO CONOCÍ BIEN. NOS VIMOS LA PRIMERA VEZ UNA madrugada de 1978, cuando alguno del Grupo Areíto regresábamos al Hotel Riviera, después de una noche de parranda. Estábamos en Cuba para participar en el «Diálogo». Jesús había hecho un documental sobre la visita de algunos de nosotros el año anterior, cuando fueron a Cuba como miembros de la Brigada Antonio Maceo, y los conocía. Mi ingenuidad no había llegado a tanto y no estuve en ésa. Esa noche fue nuestro primer encuentro. Pero yo había incluido su libro de cuentos *Los años duros* en un curso de la Universidad de Cornell sobre la narrativa cubana. Jesús, a su vez, habría de publicar, en el libro colectivo con el que el Grupo Areíto ganó un premio Casa de las Américas en la categoría «testimonio,» un cuento mío. *Contra viento y marea* se llamó el libro, con título que a mí se me había ocurrido. Los textos, por motivos de seguridad —la nuestra en Estados Unidos— aparecieron sin firma. Recuerdo aquella noche, bajando por la Avenida de los Presidentes, de la que habían desaparecido las estatuas de los mismos, excepto, en algunos casos, los enormes zapatonos de piedra, que habían sobrevivido el asalto de los iconoclastas. Jesús hablaba con entusiasmo del texto de Lezama en que éste decía que si los norteamericanos invadían, él se subiría a los tejados para defender la patria. Nos reíamos a carcajadas pensando que habría hecho falta una grúa para subir al corpulento poeta a las azoteas. Jesús daba la impresión de ser un hombre contento.

No lo volví a ver hasta que surgió *Encuentro* y me invitó a colaborar. Tengo que admitir que la imagen que tenía de él era la de un ideólogo, defensor a ultranza del régimen. Pero un buen día me entero, sorprendido, de que se había exiliado en Europa —es decir, que se había quedado en Alemania tras publicar un texto crítico del régimen porque la reacción de los comisarios insulares había sido furibunda, hasta con poco veladas amenazas de muerte. Claro, no era la primera desertión de escritores que al parecer apoyaban al régimen. César Leante y Antonio Benítez Rojo se le habían anticipado a Jesús. Pero, de

Roberto González Echevarría

todos ellos, el más «comprometido» había sido él, por lo que su decisión era más significativa y la reacción gubernamental más predecible.

No sé si Jesús habrá dejado textos detallando todo este proceso. Es probable que no, dada su muerte repentina, cuando todavía era joven, y sin (que yo sepa) enfermedad que la anunciara. Es muy probable que sí haya confiado en amigos íntimos, que son los llamados a reconstruir su sin duda dolorosa decisión, y el esfuerzo extraordinario que hizo para rehacer su vida y lograr, con *Encuentro* su más notorio y duradero éxito. Estimo que la revista es un hito en la historia de la cultura cubana. Todos me dicen que su impacto en la isla misma ha sido enorme —la reacción del régimen da testimonio de su importancia, y es el mayor elogio que pudo haber recibido Jesús. Como en el caso de Reinaldo Arenas y otros, la ira de los comisarios es una especie de premio literario al revés —el más genuino, sincero y legítimo que otorga el régimen. El pánico cunde cuando una publicación como *Encuentro*, abierta a todos, quiebra el muro protector tras el cual se parapetan los mediocres. En un mercado cultural libre, ¿dónde publicarían sus libros los que viven al amparo de instituciones públicas en que el mérito se mide única y exclusivamente en términos de la lealtad y la sumisión? ¿Qué editorial, salvo las sufragadas por el erario público cubano, se arriesgaría a sacar libros que ni regalados tienen lectores? La represión cultural en Cuba no es política en el sentido común de la palabra, sino que existe para proteger a los burócratas de críticas y juicios no tamizados por la fidelidad. Por eso la negativa de permisos para asistir a congresos culturales en el extranjero, donde los cautivos de la isla podrían comprobar que, fuera de Cuba, sus dirigentes culturales son muy poco reconocidos.

Jesús pudo batirse en buena lid en ese mercado abierto y llegar a establecerse. Sus novelas fueron publicadas por grandes editoriales y traducidas a varios idiomas. Sé que Jesús estaba sentido, y esto hizo nuestro re-encuentro en *Encuentro* a veces torpe, porque yo no me había ocupado de su obra; sé, me daba cuenta, que él detestaba la obra de Severo Sarduy, que yo admiro y sobre la cual he escrito no poco. Compartíamos a Borges, a Lezama, a Carpentier —la enfermedad de la pelota—, pero nuestros valores literarios y formación cultural eran muy distintos, casi diría que antagónicos. Esto no fue óbice para que me siguiera invitando a colaborar en la revista. Estoy convencido de que Jesús quería que *Encuentro* fuera lo más amplia posible en sus inclusiones. Los escritores residentes en Cuba que no publicaron en ella no lo hicieron por decisión propia. Cuando le propuse a mi querido amigo Miguel Barnet que fuera él quien me hiciera las preguntas para una entrevista mía que Jesús iba a publicar, se negó. Jesús no tenía la más mínima objeción a publicar a Barnet en *Encuentro*, y yo quería instigar el diálogo y la contaminación. Pero no fue posible. Todo esto me consta porque lo viví —lo «vide», como dice Montejo en la memorable primera frase de *Biografía de un cimarrón*.

Jesús parecía un individuo volcado hacia el exterior, hacia la realidad circundante más que hacia su interior. Pero esto no quiere decir que fuera así. Pienso que grandes luchas se habrán librado en su conciencia, y que tremendos

terrores lo habrán asaltado al verse desamparado, en tierra extraña, repudiado por antiguos colaboradores y correligionarios y sin medios de subsistencia. Es muy probable que los desgarradores cambios que sufrió en sus últimos años y el proceso de adaptarse a circunstancias vitales tan distintas; que la nostalgia por la patria y los amigos dejados atrás y la luchas por sacar adelante la revista hayan erosionado su cuerpo hasta que éste se rindió a la muerte, único descanso seguro. Agitados fueron los días de Jesús, que repose en paz. Su legado a la cultura cubana es garantía de inmortalidad y de que su sacrificio no fue en vano.

